

## PRÓLOGO

En el texto que sigue a estas breves palabras liminares va a poder contemplar el lector una serie de cuadros llenos de interés. Lo serán no solo para el filólogo, pues han de llamar también la atención de cualquier persona preocupada por la historia de las palabras. Se trata de una obra que se ha ido construyendo con placer, con pasión y sosiego, cuyo autor ha logrado, además, que resulte de fácil y amena lectura. No se ha ahorrado ningún esfuerzo para organizar, primero, e interpretar, después, una buena parte del léxico animal y dar cuenta finalmente de la traslación metafórica que ha llevado a aplicar a los seres humanos algunos de los rasgos que creemos percibir en los integrantes de un mundo que no nos resulta ajeno. Es el resultado de un plan que José Luis Herrero ha preparado cuidadosamente, para lo que ha ido más allá de los hechos aislados, presentándolos dentro de un universo en que los distintos elementos que lo componen aparecen trabados entre sí.

Para ello ha empezado por organizar los distintos *tipos* de animales agrupándolos en capítulos. Ahí extrae sus rasgos peculiares, examinando a estos animales de una manera aislada, pero enlazándolos por una multitud de referencias internas. Si el lector quiere comprobarlo, bastará con que siga el estudio que el autor hace de los reptiles en el capítulo 3.2, donde verá las semejanzas que mantienen, pero sus peculiaridades también; todo ello explicando el porqué de la selección de determinados rasgos: unas veces por razones de índole enciclopédica; otras, debido a la interpretación que los hablantes han hecho de una realidad que a menudo desconocen y, no pocas, por motivos estrictamente lingüísticos, que van desde las distintas posibilidades combinatorias de cada una de las voces estudiadas, hasta el distinto marco textual en que estas pueden aparecer. Aunque quizá donde más clara sea esta relación es en algo que podría pasar desapercibido: los excelentes índices de que dota a su obra, que no voy a detallar aquí.

De esta manera se ordena todo este material que sirve para entender cómo se traslada la imagen que se tiene de los animales a la descripción de los seres

humanos. Y esto lo hace un historiador de la lengua española, que sabe elegir entre los datos lexicográficos y no lexicográficos de que dispone, guiado, aparte de sus lecturas, por la orientación que encuentra en los corpus más accesibles.

Se da a conocer así una parte importante del aprovechamiento que los hispanohablantes hemos hecho de los animales para la creación léxica. Lo cual, en algunos casos, refleja algo de cómo somos —o cómo creemos ser—, dado que la historia de nuestras palabras no es ajena a la construcción de nuestra propia historia. Para lograrlo, el autor ha actuado como un filólogo-detective, siguiendo las pistas que le proporcionan 320 nombres, a los que añade 146 derivados y compuestos sintagmáticos, como *araña peluda*; *ave carroñera*, fría, zonza; *bestia* negra, parda, peluda; *bicho raro*; *buey broco*; *burro cachero*, embarcado, porfiado, tusero; *caballo americano*, blanco, loco, negro, percherón; *chancho encebado*, rengo; *culebra parada*; *elefante blanco*; *fiera corrupta*, echada; *gallo guinea*, quíquere; *gata parida*; *gato viejo*; *lobo solitario*; *mono gordo*, porfiado; *mosca blanca*, cojonera, muerta; *oveja descarriada*, negra; *pájaro gordo*; *pargo barato*, de mucho meringuito, estérico, macera; *patito feo*; *pato cojo*, malo, mareado; *pavo real*; *perro nuevo*, viejo; *pez chico*, gordo; *piojo blanco*, pegadizo, pegado, resucitado; *ratón colorado*; *sapo verde*; *toro corrido*; *vaca sagrada*; *zorra muerta*. Lo que se completa, para terminar con los fríos datos numéricos, con la incorporación al estudio de 198 elementos fraseológicos, como *(ser) más frío que la picha de un pez*; *(ser) más pesado que una vaca en brazos*; *(ser) más pobre que las ratas (que una laucha)*; *(ser) más resbaloso que la guabina*, etcétera.

Estamos ante algo muy distinto a un ejercicio de estilo que consistiera en saltar a través de unos pocos ejemplos a las elevadas alturas del origen, ser y existir de los españoles. El texto se dirige más bien a mostrar ese cotidiano vivir en que los hispanohablantes hemos contado con una enorme variedad de formas de mirarnos en el espejo de los animales. Las generalizaciones que se hacen son inobjectables, como la que muestra la tendencia a escorarnos hacia lo negativo cuando nos fijamos en nuestros vecinos biológicos. Es lo que ocurre al tildar a una mala persona de *alacrán*, *alimaña*, *arpía*, *avechucho*, *bacalao*, *bagre*, *bestia*, *bicho*, *buitre*, *cabestro*, *cabrón*, *cabrón con pintas*, *cangrejo*, *cerdo*, *chancho*, *cochino*, *cuervo*, *escorpión*, *gorrino*, *guarro*, *gusano*, *gusarapo*, *hijo de perra*, *jaiba*, *león*, *lombriz*, *mala pécora*, *marrajo*, *marrano*, *miura*, *monstruo*, *moscona*, *oruga*, *pardal*, *perro*, *piojo*, *piojoso*, *puerco*, *rata*, *rata de cola pelada*, *rodaballo*, *sabandija*, *serpiente*, *tigre*, *vaca*, *víbora* y *viborezno*.

De ese modo, los animales se convierten las más de las veces en prototipos de los rasgos psicológicos negativos de las personas. Contando con las pistas que da el libro, ahí tenemos, en el caso del intelecto, al propio *animal*, al *burro* o al *cernícalo*, con los que aludimos a quien nos parece ignorante, tonto o torpe; como el *pavo* nos sitúa ante quien es, dicho por medio de otra traslación metafórica, soso. La *cotorra* y el *loro* se refieren a los habladores, el *tórtolo* a los inexpertos, el *gallito* a los presuntuosos, el *zángano* a los vagos, las *mulas* a los tercos, los *borregos* a

quienes carecen de iniciativa. De cuantos textos se utilizan en el libro para comprobar la valoración negativa que hacemos de algunos rasgos de estos seres vivos con los que convivimos —por decirlo de algún modo— en el planeta, le tomaré prestado a José Luis Herrero su referencia al *Tratado de la religión y virtudes que debe tener el príncipe cristiano para gobernar y conservar sus estados: contra lo que Nicolás Maquiavelo, y los políticos en este tiempo enseñan*, de finales del siglo XVI, del jesuita Pedro de Ribadeneira. Hay en él una desmesurada complacencia en la maldad, explicada con el recurso a los animales, para mostrar de una manera expresiva la hipocresía:

La suma de todo lo que enseña Maquiavelo y los políticos acerca de la simulación y virtudes fingidas del príncipe, de que habemos hablado en el capítulo pasado, se cifra en formar y hacer un perfectísimo hipócrita, que diga uno y haga otro, y que sea como *un monstruo, compuesto de varias figuras*; que parezca oveja y sea lobo, con el rostro de hombre y el corazón de vulpeja; que tenga más pintas que un leopardo... y remede la voz del hombre para engañarle, y le despedace y trague, y después llore como el cocodrilo; y por defuera parezca blanco, y dentro tenga la carne dura y negra, como el cisne...; y como las monas, que imitan las acciones del hombre y siempre se quedan monas; y como la mariposa, que vuela y parece hermosa, y deja su semilla, de la cual se cría la oruga, pintada con varias colores, que roe y consume la lozanía y fruta de los árboles. Tal es el príncipe hipócrita y taimado que pinta Maquiavelo, que quiere que dé a Dios las hojas, y los frutos al demonio.

José Luis Herrero se ha ocupado también de un aspecto particular de la expresión de lo negativo, como es el de la literatura misógina —y no ha dejado de señalar que eso ha ocurrido «lamentablemente», con lo que muestra que es posible dar cuenta de unos determinados usos sin permanecer neutral ante ellos—. Como en otros aspectos de esta obra, se abre aquí una posibilidad de ir más allá de lo lexicográfico (que evidentemente no era una meta de este libro), como ocurre con el empleo de *loba* y otros depredadores utilizados para denigrar a las mujeres, para lo que deberíamos aplicar a algunos ejemplos el bisturí de lo filológico, a la manera de como lo ha hecho Nicasio Salvador con esta y alguna palabra más.

La publicación del libro supone un acicate para seguir avanzando en el estudio de las metáforas que toman a los animales como base de comparación, pues el camino no ha hecho más que empezar. Y no piense su autor que me meto, como decía mi madre, en sus bienes y que trato una vez más de darle un consejo, pues es él quien mejor sabe que no le va a resultar fácil, con esta publicación en la mano, abandonar esos caminos que acaba de abrir, en los que le esperan mil aventuras cuya exposición no podría encerrar en un solo libro. Querría por eso tomar este que tenemos delante como una guía orientadora para afrontar otros muchos trabajos que debieran emprenderse en un futuro no muy lejano.

Pensando en la posibilidad de continuar estudiando las metáforas de cuño animal me fijaré, solo como ejemplo, en las siguientes palabras de Luis Faraudo refe-

rentes a la aplicación de los nombres de los animales a las máquinas de guerra; lo que me ahorra cualquier explicación:

Las caprichosas denominaciones de los ingenios medievales, simple transformación de la tormentaria de la antigüedad, no parecen tener otro fundamento que la imitación de las aplicadas por los romanos en la nomenclatura de sus piezas, singularmente de aquellas designadas como la *gossa*, la *gata*, la *cabreta*, con nombres zoológicos generalizados en la tormentaria clásica, verbigracia: aries, cuniculus, corvus, lupus, musculus, onager, scorpio, testudo, etc., imitación que hemos de notar también en el vocabulario de la primitiva artillería pirobalística que distingue sus bocas de fuego ya con nombres de reptiles (*áspid*, *basilisco*, *culebrina*, *dragón*, *dragoncillo*, *serpentina*), ya de accípitres (*falcón*, *falconete*, *esmerejón*, *gerifalte*, *sacre*, etc.).

Dejemos las cosas aquí, sin movernos por otros derroteros en que puede saltar la metáfora animal, como es el caso la designación de otros instrumentos o de sus piezas...

Un filólogo que se acercase al estilo de un escritor no debiera dejar de lado la manera como este aprovecha el desplazamiento de sentido que suponen los usos metafóricos. Y hasta, si fuera posible, tendría que tratar de determinar cuáles son los campos más abonados para la creación de sus metáforas, como ha hecho el autor de esta obra dando cuenta de la importancia que estos procesos tienen en Galdós. El novelista caracteriza, por ejemplo, a Timoteo Pelumbre como un *chacal*: «Inquieto, feroz y pequeño, [...] tenía todas las apariencias del *chacal*, la mirada baja y traidora, los músculos ágiles, el golpe certero» o a Pepe Orozco como «grande hombre para los negocios, sin entrañas, duro, y económico en su vida interior hasta la sordidez, también algo *zorro* y de doble fondo como su hijo»; *zorro* continúa empleándose en otras obras, como *Realidad*, *Tristana*, *Misericordia* o *España trágica*. Sus metáforas «animalizadoras», frecuentemente usadas como insultos, abarcan una amplia variedad de animales: *águila*, *araña* ‘prestamista’, *ardilla*, *arpía*, *avefría*, *bacalao*, *bicharraco*, *borrego*, *borricote*, *buey*, *buitre*, *burro*, *cabrón*, *caracol*, *carcoma*, *cernícalo*, *comadreja*, *coneja*, *cuco*, *escarabajo*, *escuerzo*, *galápago*, *gallo*, *gorila*, *guacamayo* «mal vestido», *hiena*, *hormigueta*, *lagarto*, *lagartija*, *lechuzo*, *mastodonte*; y, con una alta frecuencia, *basilisco*, *culebrón*, *marrano*, *lombri-z* y *mico*. Lo que importa es que el recurso a la «metaforización animalizadora» muestra a un Galdós que se sirve no solo de metáforas que ya tenían recorrido en la lengua, sino que él mismo las pone otras en circulación, si no es que es él quien las ha creado. Es el caso de *bestia negra*, *bicharraco*, *fauna*, *gorila*, *galápago* y *mastodonte*.

Aparece así don Benito como uno de los escritores de la época moderna con más capacidad «metaforizadora». Idea que se refuerza saliéndonos de lo estrictamente lingüístico para acercarnos al dominio de lo psicológico, por si ello permitiera entender la tema que tiene el escritor con los peces, que le lleva a distribuir esta palabra, en forma de apellido, por muchas de sus obras. Y se aplica entonces a personajes tan miserables como aquel *Pe-z* que tanto contribuyó a la destrucción

de *La de Bringas* o a don *Ramón del Pez*, *servidor de sí* mismo que aparece en *La desheredada* y que el novelista lo explica remontándose irónicamente hasta el Génesis, donde se topa en el momento de la creación de las aguas, con esta especie corrupta con la que entroncaba el personaje, pues cualquier *Pez* es «más que un hombre [...] una generación, y más que una persona [...] una era, y más que un personaje [...] una casta, una tribu, un medio Madrid, cifra y compendio de una media España, [...] el número [de los cuales] era tal que ya no se podía contar. Invoquemos el texto divino: *Crescite et multiplicamini, et replete aquas maris*». Así, pertenecen a esta familia funcionarios, militares, magistrados, promotores fiscales, obispos, capataces, recaudadores de contribuciones, empleados de Sanidad, vistas de Aduanas, inspectores de Consumo, jefes de Fomento, oficiales cuartos, séptimos y quincuagésimos de Gobiernos de provincia. Una especie que Augusto Miquis sitúa así en el orden zoológico: «Orden de los *malacopterigios abdominales*. Familia, *barbus voracissimus*. Especie, *remora vastatrix*». Llega el novelista en *El caballero encantado* a considerar a España como una pecera, y se atreve a dotar a la voz *pez* de una nueva acepción: «negocio», mientras contamina al adjetivo *ictíneo* de las connotaciones negativas del sinónimo. Tan hondo ha calado este nombre en él que —volvamos a *La de Bringas*— cuando establece una tipología de las personas por su aspecto, coloca en un lugar de honor la cara pisciforme.

Por lo dicho, se verá el aprovechamiento que puede hacerse desde la filología o, si se prefiere, desde la estilística, de un procedimiento que ya aparece desbrozado en este libro, preparado para que se le pueda seguir la pista que conduce a dar con los sinónimos y derivados de las voces estudiadas. Es lo que ocurre, por ejemplo, con *tortuga*, de la que el propio Galdós nos sitúa en el punto de partida, explicando su aplicación a los humanos por su lentitud y torpeza. Cuadremos ahora los datos que se proporcionan en el presente libro sobre este *reptil del orden de los quelonios*, con los del siguiente ejemplo de 1840 de la revista leonesa *Fray Gerundio*, que está en el *CDH*: «La tortuga es un animal anfibio que anda muy poco y tiene unas conchas muy duras, y Arrazola es un ministro atortugado que con sus disoluciones anfibias y sus conchas testudíneas y agalapagadas no ha dejado dar en un año mas que un medio paso en la carrera de las leyes»; se nos presenta con ello la oportunidad de llegarnos, primero, al derivado *atortugado* y, a partir de él, a los sinónimos *testudíneo* y *agalapagado*. Cruzando la información que podemos ir allegando entre todos, resulta factible lograr a un mejor conocimiento de los vericuetos por los que se mueven las palabras del pasado.

Son muchos los apoyos con que contamos ahora para poder orientarnos sobre la dirección que toman las innovaciones léxicas en este terreno de la «metaforización animalizadora»; pero no debiera olvidarse la existencia de un cierto relativismo en la valoración de las voces de que partimos (en el caso del relativismo cultural, baste con señalar la diferencia de interpretación que se da del lado de acá a la boa y la que encontramos en la mitología azteca, mantenido aún en el imaginario mexi-

cano). Lo cual afecta incluso a aquellas metáforas que han adquirido la condición de símbolo, como ocurre con la abeja, por otra parte, tan cuidadosamente estudiada en este libro. Nuestra civilización ha tomado en consideración algunos rasgos (dejemos de lado que no coincidan con los que no han seleccionado otras: la china, por ejemplo), como es su capacidad de previsión y laboriosidad, junto a un instinto que los obliga a colaborar en la empresa colectiva de mantener la vida de la colmena y, consiguientemente, a obedecer con docilidad. Por esa obediencia, en *El cortesano traducido en nuestro vulgar castellano, nuevamente agora corregido* (Anveres, 1574, f.º 208 r), se aprovecha esta condición de la abeja para ponerla como ejemplo del comportamiento que han de tener los súbditos ante el poder:

[...] parece cosa razonable que los pueblos sean gobernados por un príncipe, como lo son también muchos animales, a los que la misma natura les muestra la obediencia como cosa muy saludable [...] las abejas, casi como si usassen de discurso de razón, tienen tanto acatamiento a su rey que no lo le tienen mayor los más sujeto pueblos del mundo.

El hecho es que actuamos seleccionando a nuestro antojo, según nos convenga, los que nos parecen rasgos caracterizadores de las abejas. Los escritores son los más proclives a rizar el rizo de la imaginación para apurar hasta el final la extensión de significado de las palabras y añadir, en este caso, otras formas de sacar provecho del insecto, como hace Basilio de Cesarea justificando por medio de las abejas el interés que tenían los textos de la antigüedad pagana para la formación de las personas, pues, como hacen estas, «posándose en todas las flores solo chupan de ellas los jugos más dulces y sabrosos». Francesco Petrarca, siguiendo a Séneca, lo aplica a una forma de *imitatio* por medio de la imagen de las abejas, que, mezclando distintos elementos de la naturaleza, logran uno diferente y mejor, la miel: «ut scribam scilicet sicut apes mellificant, non servatis floribus sed in favos versis, ut ex multis et varus unum fiat, idque aliud et melius».

Pero se puede dar un paso más en el proceso de metaforización con el que se construye un símbolo, degradando la imagen positiva que se contiene en él. Así, no parece que aquellos valores de «constancia, eficacia y actividad» de que presumía el consorcio llamado *Rumasa*, expresados junto a la abeja que aparecía en su logotipo, sigan siendo la interpretación que se le da a este en la actualidad.

Parece más sólida la aplicación de ese símbolo al Centro de Estudios Históricos, cuyos integrantes se sentían fundadamente orgullosos del excelente trabajo que desarrollaron, con no poco esfuerzo, bajo la dirección de don Ramón Menéndez Pidal. Es lo que se muestra en la parte III del documental atribuido a Luis Arquistain, *La arboleda encontrada*, donde aparece el rótulo: «La colmena científica», compuesta por investigadores que, junto con don Ramón, aparecen retratados a la entrada del edificio de Almagro, 26: Homero Serís, Javier Sánchez Cantón, Américo Castro, Ricardo de Orueta, Elías Tormo, Amado Alonso y Tomás Navarro.

Todavía en 1944, desde el exilio, José Moreno Villa recurre al mismo símbolo para explicar por medio de él los tiempos heroicos de la institución:

Con Menéndez Pidal trabajaban Américo Castro, Onís (al principio), Navarro Tomás, Solalinde, Alfonso Reyes, Amado Alonso y algunos más que no recuerdo. En el título llamé a todo este conjunto de sabios y aprendices «tramoyistas y autores»; después, soldados y jefes; pero quizás la imagen antigua sea la que más convenga al Centro de Estudios Históricos y a sus miembros: colmena de abejas. Cada sección era una colmena, pero las abejas iban de una a otra a consultarse en ciertos casos, para ver si las conclusiones obtenidas por la vía artística coincidían con las logradas por el camino de la literatura y viceversa.

Pero aquí tenemos a don José Ortega y Gasset considerando negativamente esta imagen de la abeja, sobre la que se sustentaba este símbolo que veíamos como positivo. Se entenderá que siendo yo filólogo, a la vez que uno de los pocos orteguianos de mi generación, prefiera abstenerme de comentar el texto siguiente del filósofo:

El filólogo, solícito como la abeja, suele ser, como ella torpe. No sabe a qué va todo su ajetreo. Sonambúlicamente acumula citas que no sirven para nada apreciable, porque no responden a la clara conciencia de los problemas históricos.

No estamos ante un caso de polisemia, sino que nos las habemos con una manera buscada, plenamente consciente, para derribar algo que se toma como un mito improcedente. De nada serviría para evitarlo que quienes lo construyeron —con buenas razones para hacerlo— pensaran que lo habían blindado contra las inclemencias de la realidad y de las tempestades que azotan a los espíritus.

Pero basta de cerrar y abrir puertas hacia ese futuro en que merecería la pena afrontar algunos trabajos tan necesarios como posibles, en este campo de la «metáforización animalizadora». Porque lo que me importa es señalar que este libro no solo es, como decía al principio, útil para el filólogo y de fácil y amena lectura para quien simplemente se quiera entretener aprendiendo muchas cosas de la historia de las palabras de nuestra lengua, pues servirá además de acicate para que, de una manera más consciente, observemos los mecanismos que intervienen en la creación léxica. Hace tiempo, cuando el contenido de todas estas páginas estaba aún en borrador, aunque muy avanzado, le aconsejé a José Luis que se esforzara todo lo posible para hacerlo comprensible a cualquier persona que pudiera tener algún interés en estos asuntos. Compruebo ahora que ha seguido el consejo, sin que ello le haya restado a la obra nada de profundidad. Ello explica que estemos ante una contribución que hay que tener muy en cuenta para comprender mejor algunos cambios que ha experimentado un nutrido grupo de palabras de nuestra lengua, a la vez que para conocer mejor algunos de los mecanismos fundamentales del cambio semántico.

## REFERENCIAS

La alusión a Nicasio Salvador se dirige a su artículo «La tradición animalística en las *Coplas de las calidades de las donas*, de Pere Torrellas», *El Crotalón*, 2, 1985, pp. 215-224. El texto de Luis Faraudo está en su libro *Semblanza militar de Jaime el conquistador*. Discursos leídos en la Real Academia de Buenas Letras, 12 de junio de 1941, Barcelona, 1941, p. 36. La referencia a Basilio de Cesarea procede de Tomás González Rolán, Antonio López Fonseca y José Manuel Ruiz Vila, *La génesis del humanismo cívico en Castilla*, Madrid, Guillermo Escolar Editor, 2018, p. 88, n. 52 y la cita de Petrarca la tomo de Blanca Perinián, «Un caso de imitación compuesta, el aula de Cortesanos», *El Crotalón*, 1, 1984, p. 280. He extraído de un par de trabajos míos (*La historia como pretexto*. Discurso de ingreso en la Real Academia Española, Salamanca, 2002 y «Defensa desapasionada de la Filología: la lengua española y la Junta para Ampliación de Estudios», en José Manuel Sánchez Ron y José García-Velasco [eds.], *100 años de la JAE. La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas*, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes y Fundación Francisco Giner de los Ríos, 2010, tomo II, pp. 13-39) algunos datos sobre los *Peces galdosianos* y sobre la *abeja* como símbolo de la Junta para Ampliación de Estudios.

José Antonio PASCUAL RODRÍGUEZ  
Real Academia Española